



Carlos López Hernández

Miércoles de Ceniza

14 de Febrero de 2018

La Iglesia nos llama hoy en su liturgia a entrar con Jesús en el desierto para prepararnos a celebrar con él su Misterio Pascual, para morir y resucitar con él.

El desierto cuaresmal es signo de nuestra conversión, que anuncia y nos hace posible volver al Señor con todo el corazón y con toda la vida.

A esta vuelta al Señor nos ayuda el Mensaje del Papa Francisco para la Cuaresma. Nos exhorta a cuidar que no se enfríe en nosotros el amor, contagiados por la maldad que nos rodea (Mt 24, 12).

Falsos profetas, encantadores de serpientes y charlatanes, difunden a diario destructivos engaños y mentiras bajo diversas formas de apariencia de bien y de verdad. Aprovechan las emociones y sentimientos para llevar a las personas adonde ellos quieren y hacerlas esclavas. La fascinación del placer momentáneo, del dinero y del lucro al servicio exclusivo de los propios intereses; la autosuficiencia egoísta, que acaba encerrando en la soledad; la búsqueda de soluciones fáciles e inmediatas para los problemas y sufrimientos, que resultan inútiles y agravan las situaciones hasta grados extremos. Así sucede con el falso remedio de la droga, de relaciones de usar y tirar, o de conseguir rápidamente ganancias injustas.

A través de los falsos profetas, verdaderos estafadores, el demonio, que es “mentiroso y padre de la mentira” (Jn 8,44), presenta el mal como bien y lo falso como verdadero, para confundir el corazón del hombre. Por ello, cada uno de nosotros, está llamado a discernir y a examinar en su corazón en qué medida está amenazado por las mentiras de estos falsos profetas. Tenemos que aprender a no quedarnos en un nivel inmediato y superficial, sino a reconocer qué cosas son las que dejan en nuestro interior una huella buena y más duradera, porque vienen de Dios y ciertamente sirven para nuestro bien. La Cuaresma viene a ayudarnos en nuestro discernimiento del camino de la verdad y de la alegría del Evangelio.

Más en concreto, el Papa anima a preguntarnos: ¿cómo se enfría en nosotros la caridad? ¿Cuáles son las señales que nos indican que el amor corre el riesgo de apagarse en nosotros?

Y nos recuerda que lo que apaga la caridad es ante todo la avaricia por el dinero, “raíz de todos los males” (1 Tm 6,10); a esta le sigue el rechazo de Dios y, por tanto, el no querer buscar consuelo en él, prefiriendo quedarnos con nuestra desolación antes que sentirnos confortados por su Palabra y sus Sacramentos. Todo esto se transforma en violencia contra quienes consideramos una amenaza para nuestras certezas e intereses



Carlos López Hernández

indiscutibles: el niño por nacer, el anciano enfermo, el huésped de paso, el extranjero, así como el prójimo que no corresponde a nuestras expectativas.

También la creación es un testigo silencioso de este enfriamiento de la caridad: la tierra está envenenada a causa de los desechos arrojados por negligencia e interés; los mares, también contaminados, tienen que recubrir por desgracia los restos de tantos naufragos de las migraciones forzadas; los cielos, que en el designio de Dios cantan su gloria, se ven surcados por máquinas que hacen llover instrumentos de muerte.

El amor se enfría también en nuestras comunidades. Las señales más evidentes de esta falta de amor son: la pasividad egoísta, el pesimismo estéril, la tentación de aislarse y de entablar continuas guerras fratricidas, la mentalidad mundana que induce a ocuparse sólo de lo aparente. Todas estas actitudes disminuyen el entusiasmo misionero.

Ante estos peligros y tentaciones de frialdad del amor Cristiano, la Iglesia nos ofrece en la Cuaresma el dulce remedio de la oración, la limosna y el ayuno.

Dedicar más tiempo a la oración hace que nuestro corazón descubra las mentiras secretas, con las cuales nos engañamos a nosotros mismos, y pueda buscar y encontrar la verdad y el consuelo en Dios, nuestro Padre.

El ejercicio de la limosna nos libera de la codicia y nos ayuda a experimentar la alegría de compartir lo que tengo con el otro, que es mi hermano. Esta comunicación de bienes debería ser un estilo de vida en la Iglesia, a imitación de las comunidades apostólicas. Esto vale especialmente en Cuaresma, un tiempo en el que muchos organismos realizan colectas en favor de iglesias y poblaciones que pasan por dificultades. Y también en nuestras relaciones cotidianas, ante cada hermano que nos pide ayuda, hemos de aprender a ver una llamada a participar con la limosna en la Providencia de Dios hacia sus hijos.

El ayuno debilita nuestra violencia y es una acción que nos hace crecer en el amor. Por una parte, nos permite experimentar lo que sienten aquellos que conocen el aguijón del hambre; por otra, expresa la condición de nuestro espíritu, hambriento de bondad y sediento de la vida de Dios. El ayuno inflama nuestra voluntad de obedecer a Dios y nos hace estar más atentos al prójimo.

De todas estas formas, la Cuaresma nos llama a volver a Jesús, a acoger su gracia de reconciliación, a abrirle el corazón y la vida entera para que él los llene de su alegría, que procede de la gracia de la reconciliación, es decir de su salvación. En todos los momentos de nuestra historia están presentes la debilidad humana, la búsqueda enfermiza de sí mismo, el egoísmo cómodo, en definitiva, la fuerza de los pecados capitales en nosotros: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza. El apóstol Pablo nos ha enseñado a reconocer que llevamos un tesoro en vasijas de barro, es decir, en nuestra carne que lucha contra el espíritu y no se siente capaz de seguir sus



Carlos López Hernández

inclinaciones a la verdad, al amor y a la libertad de los hijos de Dios. No nos poseemos a nosotros mismos en propiedad, dice Pablo, porque hemos sido rescatados al precio de la sangre de Cristo. Somos propiedad del Espíritu Santo, que habita en nosotros como en su templo. Esta es la máxima dignidad de nuestra vasija de barro: Ser templo del Espíritu Santo.

El mundo, dice el apóstol Juan, no nos conoce, porque no ha conocido a Dios; ignora el Tesoro que habita y engrandece nuestra vasija de barro. Solo conoce, valora y cuida la vasija exterior corporal del individuo; la vasija es el único Tesoro. De ahí brota el gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consume, que nos encierra en el egoísmo y nos encamina al vacío interior y una profunda tristeza.

En esta celebración de inicio de la Cuaresma, la Palabra de Dios nos ha llamado a convertirnos de todo corazón al Señor, nuestro Dios compasivo y misericordioso. San Pablo, en nombre de Cristo nos ha pedido que nos reconciliemos con Dios. Y nos ha aclarado que esa reconciliación es una obra de salvación que Cristo ha realizado ya *“en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él”*. Por ello, los que nos corresponde hacer es *“no echar en saco roto la gracia de Dios”*. Así esta Cuaresma nuestra *“es el tiempo favorable”* y *“el día de la salvación”*.

Lo que nos hace sentirnos salvados por Jesús es la experiencia de ser amados por Él con el amor más grande, un amor absoluto e incondicional, que nos lleva a confesar como Pablo: Ya no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí. Y yo vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a la muerte por mí. Y de ahí brota el deseo y la capacidad de responder a su amor con el seguimiento como fiel discípulo suyo y con el testimonio de la fe. Quien ama siente necesidad de hablar de la persona amada y darla a conocer.

Si en muchos corazones a veces da la impresión de que la caridad se ha apagado, en el corazón de Dios no se apaga. Él siempre nos da una nueva oportunidad para que podamos empezar a amar de nuevo. Una ocasión propicia será la iniciativa “24 horas para el Señor”, que este año nos invita nuevamente a celebrar el Sacramento de la Reconciliación en un contexto de adoración eucarística. En el 2018 tendrá lugar el viernes 9 y el sábado 10 de marzo, inspirándose en las palabras del Salmo 130,4: “De ti procede el perdón”. En cada diócesis, nos ordena el Papa, al menos una iglesia permanecerá abierta durante 24 horas seguidas, para permitir la oración de adoración y la confesión sacramental.

Hoy expresamos nuestro anhelo de reconciliación y conversión con la acogida de la ceniza sobre nuestra cabeza y el propósito de reavivar nuestro seguimiento del Evangelio. Y lo hacemos en la esperanza de recibir en la noche de Pascua la luz del “fuego nuevo” del amor de Jesucristo Resucitado, que vendrá a disipar los restos de nuestra oscuridad y a iluminar nuestra vida con la fe, que renovaremos en la liturgia bautismal de esa noche gloriosa.



Carlos López Hernández

Homilía del Sr. Obispo

Que la luz de Cristo, resucitado y glorioso, disipe ya desde ahora las tinieblas de nuestro corazón y de nuestro espíritu, para que todos podamos vivir con gozosa esperanza el camino cuaresmal de conversión y reconciliación que hoy iniciamos; y que podamos llegar a la renovada alegría de la Pascua.

Salamanca, 14 de Febrero de 2018